

4. Exigencias de las raíces culturales de América Latina y el Caribe

África, origen de la humanidad y sus raíces

En 1987 varios investigadores demostraron que la humanidad y sus culturas se originaron en África hace unos 200.000 años, pues de África los primeros humanos migraron para poblar el resto del mundo. Esta es la primera diáspora que hizo posible poblar la tierra. Por eso, en sentido estricto, toda la humanidad y sus culturas son afrodescendientes en su origen. Y especialmente hace 150 mil años se fueron desarrollando en África las bases culturales de la humanidad cuando éramos nómadas y nos alimentábamos de los frutos de la tierra.

Por esa razón, al hablar de raíces culturales, no podemos ignorar la historia que nos acompaña y la sagrada contribución de nuestra madre África. La diversidad cultural de los diferentes pueblos del mundo se fueron conformando como respuestas diferenciadas a la necesidad de adaptación al entorno natural y al medioambiente; de allí sus lenguas y características fenotípicas. Hace más de 45.000 años la migración africana llegó a Europa y Asia, y de allí a las otras regiones continentales del mundo. Y hace unos 25.000 años esa migración también llegó a América, donde cultivamos la tierra y desarrollamos la cultura sedentaria, el conocimiento científico y muchas otras artes y oficios.

Tomando en cuenta las investigaciones sobre el origen de la humanidad y su cultura, las raíces culturales históricas de América Latina y el Caribe tienen en esencia una vinculación con la primera diáspora de África. El pueblo Olmeca, que fue la base originante de la cultura del maíz en Mesoamérica, recuerda estas raíces africanas en sus esculturas de cabezas colosales.



Raíces culturales de los pueblos de América Latina y el Caribe

Ahora bien, las diferentes culturas de los pueblos de América Latina y el Caribe responden a la diversidad del entorno ambiental donde se desarrollaron; de allí nace la esencia de su cultura, cosmovisión, espiritualidad, tradiciones, estilo de vida, amor a la creación, conexión, dialogo íntimo, profundo, personal y comunitario con Dios, con la naturaleza y los hermanos. De allí nace la vinculación espiritual con los ancestros, lugares sagrados de adoración a Dios, veneración, encuentro y contemplación.

Con estas raíces culturales y espirituales los ancestros recibieron también la fe cristiana en el Dios de Jesús de Nazaret, inculcándolo en sus propios idiomas, ritos, ceremonias, lenguajes, símbolos, expresiones en esta tierra sagrada generadora de vida desde el mundo natural, tierra sagrada donde nuestras abuelas y abuelos procesaban sus alimentos y medicamentos en laboratorios naturales, desarrollaron, también libremente sus conocimientos en teología, antropología, tecnología, filosofía, religiosidad, sistema de gobierno propio y le dieron de beber a sus nietos, bisnietos y tataranietos, que somos nosotros, los habitantes de hoy. Jesús, Hijo de Dios e hijo del hombre, nació en una de las culturas humanas por donde pasó la migración africana y Él vino a dar vida en abundancia a toda la humanidad (cf. Jn 10,10), sin exclusión.

Desde hace 2.000 años la cultura religiosa judeocristiana del Medio Oriente forma parte de la tradición de la Iglesia, que luego fue inculcada en el mundo grecolatino. Y este cristianismo occidental fue el que nos llegó a América Latina y el Caribe hace más de 500 años, modificando violentamente las raíces culturales de este continente con la conquista y la colonización.

Y es entonces cuando nuestros pueblos sufren un reacomodo de su identidad mediante un mestizaje obligado de genes y de culturas indígena, africana y europea. Dentro de este mestizaje nuestros pueblos todavía conservan elementos genuinos de sus raíces primeras. Sin embargo, la diversidad cultural y religiosa

hecha por los vencidos aún no es reconocida ni en la sociedad civil ni en la Iglesia, y por eso aún padecemos exclusión, discriminación, dominio y control sobre nuestras culturas y vivencia religiosa.

Exigencias de la diversidad cultural

La heterogeneidad cultural de América Latina y el Caribe exige visibilizar la situación de los pueblos afrodescendientes e indígenas, promover su inclusión igualitaria en las agendas eclesiales y de gobiernos, al menos con los estándares de derechos internacionales reconocidos por la ONU. Para lograrlo se requiere diálogo, trabajo conjunto con las organizaciones afros e indígenas sin ninguna manipulación, enfatizando el derecho a la diferencia, respetando lo que Dios ha creado diferente y buscando el entendimiento y la colaboración mutua entre pueblos y culturas. La declaración universal sobre la diversidad cultural adoptada por la Unesco en noviembre 2001 afirma: “la diversidad cultural, como realidad de nuestro mundo, debe expresarse en las políticas de pluralismo cultural para la inclusión y participación de todos los ciudadanos”.

Nuestras raíces culturas indígenas y afro son ricas en valores y conocimientos ancestrales antropológicos, teológicos, filosóficos y tecnológicos, lo mismo que en el encuentro personal y comunitario con Baba, con los hermanos y con la naturaleza, en la confianza en Dios y en su providencia. Esto se expresa en el canto, la danza, los ritos, las ceremonias y las celebraciones diversas: compostura, chugú, dügü, vudú, velorios, misas, novenas, rosarios, peregrinaciones a las montañas, a templos ancestrales, a las iglesias, rogatorias, veneraciones a la creación, respeto a los ancianos y ancianas, protección a los menores y más.

La valoración de la salud integral y del estilo de vida comunitario se manifiesta en el Au- buni, amürü nuni y ubuntu, expresiones de amor incondicional, unidad, fortaleza mutua, solidaridad, cuidado, defensa, conservación y salvaguarda del territorio ancestral, ‘casa común’.



También se evidencia la importancia de la relación con el prójimo en la familia extendida, padres, hijos, hermanos, primos y primas, sobrinos y sobrinas, abuelos y abuelas, bisabuelos y bisabuelas, vecinos, hijos de crianza, amigos y amigas, tatarabuelos. Todos y todas formamos una sola familia. Estos valores no se pueden sostener sin el cuidado, la defensa y la conservación del territorio que heredamos del sudor y sacrificio de nuestros ancestros.

Propuestas para la inclusión de nuestras raíces culturales indígenas y afro

En necesario apostar por una pastoral de promoción humana integral donde se valore y se incorporen los conocimientos ancestrales que tenemos los de la periferia. Estos conocimientos se encuentran en nuestros expertos en cocina ancestral, parteras, ginecólogos, terapeutas, ortopedas, climatólogos, guías espirituales, místicos, teólogos, contemplativos, exorcistas, consejeras, astrólogos, náuticos, políticos comunitarios, juristas comunitarios con participación de los ancianos y ancianas. Para ello se propone conformar un equipo permanente de reflexión de teología indígena y afro, con espacio para la defensa y recuperación del territorio, ya que “sin territorio no hay cultura ni pueblo”.

Hace 500 años comenzó la devastación de nuestro propio entorno, de nuestra casa común. Aquí está comenzando una cultura nueva, con la que podemos cambiar y revertir los daños a nuestro propio entorno común. Como Iglesia estamos llamados hoy a sumarnos a la lucha ancestral de los pueblos de este continente para que efectivamente lleguemos a tener la vida plena que Dios, que Jesús y nuestros ancestros soñaron para todas y todos nosotros.

HNA. MARÍA SUYAPA CACHO ÁLVAREZ, HDLC
Representante de la Pastoral Afroamericana y Caribeña